

## TOLEDO Y GALDOS

José Luis Cabezas García  
Manuel Pérez López

Decía don Gregorio Marañón que «Toledo es uno de los pocos escenarios del mundo en que se puede sin esfuerzo soñar»<sup>1</sup>. A esta ciudad vendrá don Benito en múltiples ocasiones, primero como simple turista, después como ansioso descubridor de su historia, de su belleza y de su alma para preparar y escribir páginas inmortales de su novela *Anguel Guerra* o de *Toledo, su historia y su leyenda*).

Toledo se nos presenta como una ciudad luminosa y clave en la vida andariega de don Benito. Toledo es el lugar donde se centran los anhelos espirituales y religiosos de nuestro novelista, donde el silencio y la quietud se transfunden inevitablemente a la personalidad y terminan por transformarla. Y no solamente en la ciudad; también en los cigarrales encontrará el sosiego necesario para su espíritu. La vida toledana será un sueño, un apartarse de la realidad para dar rienda suelta al idealismo y a una intensa vida espiritual. Toledo y Galdós se compenetran de tal manera que hacen que la novela conserve magistralmente su unidad a lo largo de todas sus páginas.

### *Escritos de Galdós sobre Toledo*

Al poco tiempo de estar en la Península Galdós conoce Toledo. Pronto comienza a ponerlo de manifiesto. A los veintisiete años, en 1870, escribió *Toledo, su historia y su leyenda*, donde demuestra un conocimiento bastante profundo de la materia. En las treinta y cinco páginas de que consta este opúsculo, ya observamos la gran simpatía que profesa a la ciudad y su interés por la historia toledana.

Estos primeros escritos relacionados con Toledo demuestran la importancia y el atractivo que ejercía en nuestro novelista la ciudad del Tajo. Si nos fijamos en las fechas en que fueron escritas sus obras de tema o ambientación toledanos podemos hacernos una idea de la continuidad del tema a lo largo de su vida. *Toledo, su historia y su leyenda* es de 1870; *El audaz*, de 1871; *Los apostólicos*, mayo-junio de 1879; *Un faccioso más y algunos frailes menos*, noviembre-diciembre de 1879; *Angel Guerra*, «la gran novela del misticismo español» es de 1891; finalmente en sus *Memorias de un desmemoriado* reaparecen los temas y recuerdos toledanos.

*Toledo...* son páginas primerizas<sup>2</sup>, pero intentan ya interpretar el espíritu de la ciudad. En ellas se observan características importantes de su estilo y pensamiento posterior. Esta obra tuvo gran importancia en su aprendizaje literario, y el conocimiento «in situ» de la ciudad le proporcionó un marco perfecto para la ambientación de obras posteriores.

En sus *Memorias de un desmemoriado* nos encontramos con dos sabrosos capítulos que Galdós titula, «Angel Guerra y Toledo» y «Visita a una Catedral». En ellos vuelve a barajar los mismos datos que ya conocemos por *Toledo...*, como la leyenda del Cristo de la Luz, la casulla de San Ildefonso, los conventos de monjas, su amistad con el pintor Arredondo... Pero existe un hecho significativo, y es que mezcla en una amalgama perfecta sus entes de ficción con los auténticos personajes reales. En su recuerdo todos viven juntos.

### *Visión toledana*

¿Qué hace Galdós en Toledo? El mismo nos lo dice: perderse, dar vueltas y revueltas, encontrar su misterio escondido. «Porque su ocupación única, en los días primeros, fue vagar y dar vueltas, recreándose en el olor de santidad artística, religiosa y nobiliaria que de aquellos vetustos ladrillos se desprende; su placer mayor, perderse sin guía ni plano, jugando con el ovillo revuelto de sus calles. De noche el misterio y la poesía resaltaban más que la luz del sol»<sup>3</sup>. Así, descubriendo callejuelas y lugares recónditos y acogedores, irá formando su total y profunda visión de la ciudad, más allá de la imagen convencional: vio puertas que no se han abierto en siglo y medio lo menos, balcones o miradores nuevecitos con floridos tiestos; rejas mohosas, cuyo metal se pulveriza en laminillas rojizas; huecos de blanqueado marco abiertos en el ladrillo oscuro de antiquísima fábrica...»<sup>4</sup> Si Madrid era «su» ciudad, y Santander el lugar de descanso fructífero, Toledo fue su refugio espiritual. Históricamente la considera la primera, con una raigambre ancestral donde tres culturas convivieron y dejaron sus huellas. «Toledo es una historia de España completa, la historia de la España visigoda, de los cuatro siglos de dominación sarracena en el centro de la Península, del viejo reino de Castilla y León, de la monarquía vasta

fundada por los Reyes Católicos y, por último, de ese gran siglo xvi, que es el siglo español»<sup>5</sup>.

Su amor a Toledo le lleva a percibir los distintos matices de los monumentos a diversas horas del día. El Alcázar, la Catedral, el covento de las Bernardas de San Clemente o el de San Juan de la Penitencia. Cuando describe el Alcázar su precisión pictórica es exacta: «Nada más hermoso que la perspectiva del Alcázar cuando iluminada por el sol de la tarde sus oscuras piedras se ven perfiladas con un ligero reflejo, sus bellos adornos de su última fila de ventanas, los heraldos que decoran la puerta y el águila tudesca que abre sus hermosas alas de piedra en el rosetón del centro»<sup>6</sup>. Diferente impresión le produce la plaza de Zocodover. La ve amorfa, fea, rutinaria, como tantas plazas de Castilla, aunque la silueta del Alcázar le da un sentido distinto. «En la plaza la impresión es más desagradable. Las casas no tienen la suntuosidad moderna ni la fealdad interesante de lo antiguo... el conjunto sería completamente insignificante si por encima de las fementidas casas no apareciera la impresionante fachada del Alcázar ennegrecida por los años»<sup>7</sup>.

Todas las épocas del año parecen a Galdós hermosas; pero en invierno la nieve dibuja finísimas figuras que impresionan la pupila del novelista, que imagina Toledo como un inmenso mar de espuma, como una ciudad petrificada: «Mientras que Toledo parecía un oleaje gracioso en el cual la espuma se hubiera endurecido con la rapidez de las mutaciones de teatro. La Catedral con sus cristalerías ribeteadas por finísimos junquillos de nieve y su diversidad de proyecciones y angulosos contornos, presentaba a la vista un cariz de fantasmagoría chinesca»<sup>8</sup>.

Pero Galdós es consciente de la decadencia toledana. Conoce su historia, su presente, y adivina el porvenir de la ciudad. Se ha dado cuenta de su carácter triste, sombrío, de su quietismo frente al bullicio de Madrid. En Toledo van a vivir, sentir y pensar personajes muy queridos de don Benito. La ciudad llegará a serle tan conocida y amada como Madrid o Santander, y dejará profunda huella en su ser. Es posible que Angel Guerra sea en muchos aspectos su «otro yo» más querido. Aquí le trae, aquí cambia radicalmente de vida, aquí se santifica y en Toledo por amor y caridad muere.

El amor que profesaba a Toledo no era otro que el que sentía por España. Galdós, españolísimo, conocía y amaba España, sus provincias, sus habitantes y su pensamiento, porque «el pueblo posee las verdades grandes en bloque, y a él acude la civilización conforme se van gastando las menudas de que vive»<sup>9</sup>. España es como Toledo, «ciudad clavada en una peña, combatida siempre por recios y helados vientos, en situación inaccesible, áspera, sombría, oscura, silenciosa, menos cuando tocan simultáneamente a misa todas las campanas de sus cien iglesias; incómoda, inhospitalaria, triste, llena de palacios y conventos que se caen piedra a piedra, ennoblecida por su inmensa Catedral metropolitana; ciudad del recogimiento y la melancolía, cuyo aspecto abate y suspen-

de el ánimo a la vez, como todas las ilustres tumbas, que no por ser suntuosas y magníficas dejan de enterrar un cadaver»<sup>10</sup>.

Galdós comienza a ir a Toledo solo o acompañado por amigos y periodistas: Ferrero, Alberto Aguilera, León y Castillo... Más tarde será su sobrino José Hurtado de Mendoza su compañero inseparable en la ciudad. Don Benito no iba a documentarse sólo cuando preparaba sus novelas; iba también por el puro placer de vagar por sus calles y descansar en los cigarrales toledanos. Sus visitas habituales, según Marañón, eran el 19 y 21 de marzo; la Semana Santa; la fiesta de la Virgen del Valle; el primero de año; el día del Corpus y el día de la Virgen del Sagrario. Eran muchos los días que dedicaba al año a Toledo, además de las largas temporadas que pasaba en «La Alberquilla» propiedad de su amigo Sergio Novales<sup>11</sup>.

Su vida allí era tranquila. Dedicaba su tiempo a leer, escribir y recorrer los pueblos próximos. En *Angel Guerra* penetra en el misterio toledano lentamente, sin prisas, con delectación para terminar íntimamente unidos los dos. Pocos hombres han intimado con la ciudad tanto como él; sólo el Greco y Bécquer, en otro sentido, penetraron igual que don Benito en el hechizo toledano.

En Toledo, se aviva su afición a la pintura<sup>12</sup>. La arqueología le atrae y deambulando por la ciudad busca restos de épocas pasadas. La música religiosa enaltece su espíritu al igual que las salmodias oídas al azar en los conventos solitarios, donde pasaba muchas horas escuchando cánticos suaves y agudos de las monjitas. La monja claustrada fue una de sus obsesiones a lo largo de toda su vida. ¡Cuánto misterio!, repite en muchas ocasiones<sup>13</sup>. De todos los conventos prefería el de San Juan de la Penitencia «porque le agradaba la paz soñolienta y la tímida claridad de aquel recinto»<sup>14</sup>. En sus *Memorias* hace un recuento de estos conventos: «Te indicaré los monasterios más importantes: Santo Domingo, el Antiguo, cuya iglesia es un museo de pinturas del Greco; Santo Domingo, el Real... las Capuchinas; San Juan de la Penitencia de la orden franciscana... San Pablo...»<sup>15</sup>

La Catedral toledana era para Galdós, resumen de catedrales «porque la basílica toledana viene a ser como una enciclopedia de catedrales». Podemos imaginarnos a don Benito visitando el maravilloso templo tal como lo relata en *Angel Guerra*. «Pasó largas horas en la Catedral... lo veía todo con grandísimo contento, pasmado de tanta riqueza, de tanta hermosura y alabando la unidad y la fuerza de las sociedades que juntaban todas sus energías en un solo haz»<sup>16</sup>. Aquí en la Catedral asistía en Semana Santa a los Oficios y llegó a calar profundamente en la liturgia y en el significado de las ceremonias religiosas. Ante este espectáculo externo y simbólico se transforma por la emoción que le produce. Clarín, que le conocía bien escribió: «Galdós es hombre religioso; en momentos de expansión le he visto animarse con una especie de unción recóndita y pundorosa, de esas que no pueden comprender ni apreciar los que por oficio y hasta con pingües sueldos, tienen la obligación de aparecer

piadosos a todas horas y en todas partes»<sup>17</sup>. Galdós, quizás, ocultó en muchas ocasiones su auténtica religiosidad.

En sus estancias toledanas gustaba de pasear a todas horas del día y de la noche. *Angel Guerra* está cuajada de descripciones deambulatorias. Recorre todas las callejuelas, las plazas solitarias a distintas horas, para ver el contraste. Las recorría por el simple deseo de volver a pasar por centésima vez por aquellos mismos lugares. Presumía de ser el mejor conocedor de los rincones e itinerarios toledanos. Recitaba de memoria los nombres de las calles «dolorosas» o «alegres». En *Angel Guerra* menciona con mucha frecuencia calles muy sugestivas: Plegadero, El pozo amargo, de la Plata, cuesta del Locum, Ancha, Cristo de la Calavera, del Hombre de Palo...

En sus paseos tenía dos predilecciones: una, la visita de los conventos; otra, los cigarrales. Su espíritu soñador fue imaginando a través de las calles y plazas toledanas sus portentosos personajes y también buscó y encontró en sus amistades y conocimientos ejemplos espléndidos de humanidad que serán después auténticos protagonistas de sus novelas.

Si en la Catedral y conventos Galdós daba suelta a su imaginación y buscaba la paz interior, en los cigarrales encontraba la atmósfera ideal para la placidez y el sosiego. Aquellas casas campestres, austeras, con jardines morunos y cerco de olivos, le invitaban al descanso. Conocía sus costumbres, sus dimensiones y sus diferentes nombres: —«Qué hermosura, qué paz, qué sosiego en el campo aquel pedregoso y lleno de aromas mil»— exclama. Decía y aseguraba que desde cada uno de ellos, a la hora del crepúsculo, la ciudad tenía un color distinto: «Desde el lado de Vargas, el bruñido cobre. Desde el lado de Palán, Toledo era de marfil antiguo. Desde el lado de Yepes, de malaquita muerta». La vida sana del cigarral llega a entusiasmarle tanto que en un momento no puede menos de exclamar: «A semejante vida del yermo ya nos podíamos abonar todos, y si se dieran facilidades para emprender tales penitencias el mundo estaría lleno de anacoretas»<sup>18</sup>. Estos cigarrales, con su vida y su historia, están siempre presentes en sus obras de acción toledana. *Angel Guerra* es un claro exponente de ello. La gravedad de aquel campo con sus casas simples y tranquilas dieron motivo a que allí situase las escenas dramáticas de su novela toledana.

Rasgo esencial de la visión galdosiana de Toledo es el paisaje. Paisaje que no es un mero recurso para desplegar capacidades plásticas, sino que induce a reflexiones interpretativas que nos recuerda a los noventayochistas. «El paisaje es un desierto; pero no es el paisaje de las grandes llanuras que engaña la vista y adormece el espíritu por su tranquila monotonía; es ese desierto de los anacoretas, lugar escogido por el ascetismo entre los más horribles de la tierra, páramo de asperezas y peñascos... lugar de pesadillas místicas y enagenaciones teológicas, escena donde la imaginación se complace en colocar a misántropos de la religión...»<sup>19</sup> Diez años más tarde, en *Angel Guerra*, volvemos a encontrarlo descrito este paisaje casi con idénticas palabras.

Como harán también, después, los del 98, Galdós establecerá íntima rela-

ción entre paisaje, literatura e historia. Toledo es el conjunto y la esencia de la historia de un pueblo y de sus valores espirituales. La Ciudad Imperial le recuerda a los héroes picarescos; a los caracteres magníficos de los personajes de Tirso de Molina; a la Celestina, comerciando por sus sinuosas calles; a Cervantes...

### Angel Guerra, *novela clave*

Sin entrar en un análisis profundo de la novela, que se saldría de los límites de esta ponencia, sí queremos resaltar algunos aspectos fundamentales, en relación con Toledo. Muchos de los personajes de la obra están inspirados en seres reales que conoció durante sus estancias toledanas. Como buen observador está lleno de comprensión hacia ellos, los hace vivir y vive con ellos. Como dice Ricardo Gullón «los necesita y necesita novelar para vivir».

Pocos escritores han igualado a Galdós en la concepción de personajes. Si hacemos un recuento de los que intervienen en su novela *Angel Guerra*, quedamos asombrados por su cantidad: 117 personajes novelescos y 73 históricos hacen un total de 190 en una sola novela. Como dijo Menéndez y Pelayo, nadie le igualaba en la creación de tipos. En la novela palpita un complejo mundo social, político y religioso, donde Galdós muestra su pensamiento y su conocimiento de la vida española del siglo XIX. Es de destacar el aspecto espiritual donde Galdós se nos muestra aparentemente religioso. Su concepción del cristianismo es muy diferente a la práctica rutinaria o al espejismo religioso que practicaba la mayor parte de los españoles. Esto le lleva a una actitud crítica del mundo religioso. Cuando escribe *Angel Guerra* su espíritu se encontraba en una situación muy parecida a la de su protagonista.

Galdós critica al clero, como dice Casaldueiro, desde un punto de vista «político-social». Critica al clero sin vocación, al olvidado de su misión principal, pero en cambio admiraba a aquellos sacerdotes que se movían en el mundo ideal y auténtico de la religión. Don Tomé es un claro ejemplo<sup>20</sup>.

Galdós tiene una predilección especial por su personaje, *Angel Guerra*. Con razón dice Sainz de Robles «es Angel Guerra quien con más justicia podía ponerse en sus tarjetas: Angel Galdós»<sup>21</sup>.

En *Angel Guerra* asistimos a la transformación humana y religiosa del protagonista. Su pasión amorosa se encauza desde un principio por vía religiosa, aunque su trasfondo sea siempre humano. En Toledo cambia su carácter y temperamento. Si antes se hallaba dominado por la pasión, la violencia, la concupiscencia, la cólera, en la Ciudad Imperial cambia y logra un gran dominio de sí mismo. Angel Guerra y Toledo se conjugan de tal manera que sin el uno no existiría el otro, y la ciudad recubre con su ambiente la vida de todos los personajes.

Toledo, pues, representa un papel importante en la novelística galdosiana; su conocimiento de la ciudad no es parcial o incompleto. Don Benito demostró a lo largo de toda su vida una erudicción y un amor a la ciudad del Tajo como muy pocos historiadores lo han tenido. Toledo es una ciudad ideal por su ambiente, por sus calles solitarias, edificios y conventos, Catedral y vida religiosa para enmarcar la gran novela del misticismo español como es *Angel Guerra*. Toledo viene a satisfacer la preocupación religiosa de Galdós y dar tranquilidad a su espíritu. La ciudad influye de tal manera en los personajes que viene a ser coprotagonista de la acción principal. Galdós retrató en *Angel Guerra* personajes reales, procedentes de la observación directa. Al mismo tiempo se puede observar un comportamiento diferente en el estudio y observación de los personajes secundarios de la primera parte, de acción madrileña, y los de la segunda y tercera, de acción toledana. Los personajes secundarios toledanos están tratados con el mismo cuidado y afecto que si fuesen verdaderos protagonistas.

*Angel Guerra* es una novela de encrucijada en el tratamiento de los clérigos. Existen caracteres deformadores en algunos de ellos, pero ya se observa espiritualidad y caridad en otros, lo que será una constante en novelas posteriores<sup>22</sup>.

Finalmente es significativo el hecho de mezclar Galdós en sus *Memorias...* hechos y personajes reales con ficciones de su mundo novelesco. Esto nos demuestra la gran compenetración del novelista con sus personajes y expresa también, la auténtica realidad que tuvieron muchos de ellos.

## NOTAS

<sup>1</sup> GREGORIO MARAÑÓN. «Discurso de Toledo». En *Elogio y nostalgia de Toledo*. Madrid, 1966, 4.ª edic., p. 17.

<sup>2</sup> Este pequeño opúsculo, con reminiscencias escolares, demuestra la juventud del narrador por el afán de dividir ordenadamente el trabajo. Su prurito de erudicción le lleva a manejar «Historias» o «Guías artísticas» de la ciudad como la de Sixto Ramón Parro que le proporcionan toda clase de datos.

<sup>3</sup> B. PÉREZ GALDÓS. *Angel Guerra*, O. C., vol. V, Madrid, 1967, p. 1314.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 1309.

<sup>5</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Toledo, su historia y su leyenda*, O. C., vol. VI, Madrid, 1968, página 1571.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 1571.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 1570.

<sup>8</sup> *Angel Guerra*, V, p. 1348.

<sup>9</sup> B. PÉREZ GALDÓS. *Fortunata y Jacinta*, O. C. Madrid, 1970, p. 840.

<sup>10</sup> *Toledo...*, p. 1585.

<sup>11</sup> Este cigarral había pertenecido al bibliófilo Bartolomé Gallardo. Lo adquirió don

Sergio Novales, ingeniero agrónomo y dedicado a la agricultura. Sentía tal admiración por Galdós que siempre le tenía preparada una habitación en la finca para que pasase allí alguna temporada.

<sup>12</sup> Ya desde pequeño se sintió atraído por el arte pictórico y siempre dibujó pequeños bocetos que le eran muy útiles en la concepción de personajes y que tenía delante en su mesa de trabajo, a la hora de crear. Conoció perfectamente la obra del Greco y llegó a entusiasmarle su pintura, aunque él, academicista, se resistió en un principio a las innovaciones del pintor cretense.

<sup>13</sup> Uno de los conventos que también le llamaba la atención, por su iglesia que parecía distinta a todas, por su aspecto aristocrático y por su soledad era el convento de clausura de San Clemente. En él descubrió Angel Guerra toda la humanidad que se encerraba en la vida escondida de la clausura.

<sup>14</sup> *Angel Guerra*, p. 1393.

<sup>15</sup> *Memorias...*, p. 1679.

<sup>16</sup> *Angel Guerra*, p. 1395.

<sup>17</sup> LEOPOLDO ALAS (CLARÍN), *Benito Pérez Galdós, Estudio crítico-biográfico*. Madrid, 1889, p. 18.

<sup>18</sup> *Angel Guerra*, p. 1362.

<sup>19</sup> *Toledo...*, p. 1593.

<sup>20</sup> Si hacemos un balance de los sacerdotes galdosianos hasta 1891, fecha en que se publica *Angel Guerra*, comprobaremos que casi todos ellos no llegan al sacerdocio movidos por una auténtica vocación religiosa, sino que entran en el estado eclesiástico para vivir de él de una manera más cómoda. Es un medio para salir de una clase social baja o ínfima.

<sup>21</sup> FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES, Prólogo O. C., vol. V. Madrid, 1967, p. 1198.

<sup>22</sup> Véase para el estudio de los clérigos galdosianos la obra de FRANCISCO RUIZ RAMÓN, *Tres personajes galdosianos*, Madrid, 1964.